

proteccion, fué dada al mundo la paz del cielo, los hombres han sido admitidos en la suerte de los ángeles y contados en el número de los servidores, de los amigos y de los hijos de Dios. Por vos ha sido hollada la muerte, despojado el infierno, derribados los ídolos, y se ha extendido por toda la tierra el conocimiento del cielo y de vuestro divino Hijo. Dignaos, pues, interesaros en nuestro favor, y estaremos seguros de alcanzar un día la plenitud de los verdaderos bienes; y sobre todo, del inmenso. Bien que vos gozais en toda plenitud.



CAPITULO VIII.

PUNTO HISTORICO.

YIO el indio bajar á la Santísima Virgen, de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole: A donde vas hijo mio, y qué camino es el que has seguido? Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbacion postrado de rodillas: Niña mia muy amada y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere, sábetelo dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tio,

de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco a la ciudad á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte, y despues de haberle hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdona, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta. Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte: Oye hijo mio lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor ¿No estoy aquí yo que soy tu Madre? ¿No estás bajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tio, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano (y fué así segun se supo despues, como se dirá adelante). Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo: pues envíame, Señora mia, á ver al Obispo, y dame la señal que me dijiste para que me dé crédito. Díjole María Santísima: sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que halláres allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y traelas á mi presencia y te dire lo que has de hacer y deoir.

Obedeció el indio sin rëplica, no obstante que sabia de

cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbraban los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á presencia de la Virgen María, que le aguardó al pié de un árbol que llaman Quauzahualt, los indios, que es lo mismo que árbol de telas de araña, ó árbol ayuno, el cual no produce fruto alguno y es árbol silvestre, y solo dá unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre, de frente; aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen. Humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo: Ved aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo mio, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo. Y dicho esto se despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal,

porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

REFLECCIONES.

Flores apparuerunt in terra.
nostra. . . Cant. cap. 11. v. 12

Dónde vas hijo mio? y ¿qué camino es el que has tomado? He aquí la amorosa reconvención de la Santísima Virgen, á Juan Diego. Y ¿cuál será la reconvención que merecerá la nación en estos tiempos en que parece quiere separarse de Dios y de María tomando un camino errado que conduce á la impiedad, á la apostasía; ó por lo menos á la indiferencia religiosa? Ya hemos hecho en otro capítulo reflexiones sobre esto; pero aun las repetiremos porque merecen ser tenidas siempre en la memoria.

¿A dónde vas nación amada, dirá la Santísima Virgen, á dónde te encaminas fuera de la senda de la verdad? ¿por qué huyes de mí que soy tu Madre? ¿por qué huyes de Dios que es el Señor de los Señores y de quien únicamente viene todo bien á las naciones? El Señor, que es mi

verdadero Hijo y Padre tuyo, y yo que soy tu Madre te buscamos aún, pero con el dolor de verte ingrato. "Ego et pater tuus dolentes quaerebamus te." Vuelve, nación que rida, á la verdad y no te separes de la religion de mi divino Hijo. El demonio quiere tentarte para hacerte rebelde contra Dios, como tentó á nuestros primeros padres en el paraíso asegurándoles serian como dioses, si comian del fruto vedado. Así el demonio te dice, nación querida, que tomes el fruto prohibido del racionalismo, del materialismo, del protestantismo y de la impiedad, asegurándoles grandeza y felicidad. Te asegura ese enemigo que tendrás muchas riquezas, que llegarás al apego de la dicha, con tal que lo adores; así tentó al Salvador, cuando llevándolo á la cima de una elevada montaña le mostró todos los países de la tierra, prometiéndole se los daría, con solo que le rindiera adoracion. Apártate, Satanás, le dijo Jesucristo; y así decidle, nación mia, apártate Satanás con tus mentidas glorias, jamas adoraremos sino á Dios en la religion católica, buscaremos el reino de Dios, y todas las cosas necesarias para nuestra felicidad sólida se nos concederán con abundancia.

Sí, así nos habla la Santísima Virgen; porque si reconviene á Juan Diego, porque con candor y sencillez se apartaba de Ella y le huía, con mayor razon nos reconvendrá á todos si nos separamos de la verdad y de su amor; porque no solo viene por Juan Diego, sino por todos y cada uno de nosotros.

Es verdad que la nación, hablando en general, no merece el nombre de apóstata: unós cuantos mexicanos son los

que se han separado de la Religion de Jesucristo; pero estos al fin son mexicanos, y por lo mismo deshonran á la nacion á que pertenecen; y tratan ademas, de contaminarla predicando falsas doctrinas, despreciando el culto de Maria y desempeñando vilmente el triste papel de ministros de Satanás. Estos mexicanos ingratos, son á los que se dirijen las amorosas y muy sentidas reconvenciones de la Santisima Virgen. Entre tanto, los buenos mexicanos, la nacion con esas escepciones, se aflije y desconsuela, pareciéndoles que desaparecerá de México la religion verdadera, y sufriremos un abandono del Señor. No, no será asi. A esos mexicanos afligidos es á los que dice la Santisima Virgen aquellas palabras que dirigió á Juan Diego afligido por la enfermedad de su tio: no os aflijais ni molesteis, hijos mios, ¿no estoy aqui yo, para ser vuestra Madre? ¿no estais bajo mi sombra y amparo? ¿no soy yo la salud y la vida, como Madre que soy de quien es por esencia el camino, la verdad y la vida? ¿no sois mis hijos, y estais en mi regazo maternal? ¿necesitais mas?

Esta reflexion es un dulce consuelo, ella está sólidamente fundada, no es una suposicion, porque no bajó la Santisima Virgen por solo Juan, sino por toda la nacion mexicana, para ser su consuelo y remediadora universal de todas sus necesidades y ¿qué mayor necesidad que la que tenemos de que la religion verdadera sea siempre la de nuestra patria? Todas las demas necesidades son nada en comparacion de esta: nada necesitamos tanto como la permanencia de la verdadera religion: no hay felicidad sólida en ninguna nacion faltando la luz de la verdad,

“¿De qué le aprovecha al hombre,” dijo el Salvador, “ganar todo el mundo si pierde su alma?” y ¿de qué le aprovecha á una nacion riqueza, honores, poder, progreso material, ilustracion meramente mundana; si pesa sobre ella el abandono del Señor, si está sentada en las sombras de la muerte, cual es el error, si sus individuos, familias, pueblo, están llenos de vicios? ¿puede haber felicidad verdadera sin la verdad y sin la virtud?

Mas, gracias al Señor Dios de las misericordias y su Santisima Madre, los mexicanos somos felices teniendo una fe que nós asegura el remedio de nuestros males y la posesion de bienes espirituales y aun materiales, por la intercesion y proteccion de la que es Señora de la naturaleza, Reina de los cielos, Madre, Hija y Esposa de todo un Dios. Nosotros tenemos una esperanza sólida, firme, bien fundada, de que la verdad y la virtud establecerán en nuestra cara patria su pacifico y felicisimo reinado, y que con esta dicha nos vendrá tambien la material, segun la promesa del Salvador: “buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demas (esto es lo puramente temporal) se os dará de añadidura.” ¿Y como se nos dificultará buscar el reino de Dios y su justicia, teniendo por Madre á la incomparable Virgen en cuyas manos están depositadas las riquezas, la opulencia y todos los bienes? ¿Cómo no será feliz una nacion que tiene por Reina, por Señora y Madre á aquella criatura en cuyas manos está el consejo, la equidad, la prudencia y la fortaleza? ¿Cómo podrá carecer de un régimen justo, benéfico y paternal; un pueblo en cuyo favor se ha declarado

aquella por quien reinan los reyes, y los legisladores dictan leyes justas.

Oigámos las palabras de la sabiduria, que la santa Iglesia sábiamente pone en boca de la Santísima Virgen: (1). “Mio es el consejo y la equidad, mia es la prudencia, mia es la fortaleza. Por mi reinan los reyes y los legisladores decretan lo que es justo. Por mi mandan los principes, y los poderosos decretan justicia.....conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Porque mi fruto es mejor que el oro y que la piedra preciosa, y mis productos mejor que la plata escogida. En caminos de justicia ando, en medio de senderos de juicio para enriquecer á los que me aman y llenarlos de bienes.....Me regocijé en la redondez de la tierra; y mis delicias han sido estar con los hijos de los hombres. Ahora pues, hijos míos, oidme: bienaventurados los que guardan mis caminos. Escuchad la doctrina y sed sábios, y no querrais desecharla. Bienaventurado el hombre que me oye y que vela á mis puertas todos los días, y está de asecho en los postigos de mi puerta. Quien me hallare, hallará la vida y se saciará de la salud del Señor. Mas el que pecare contra mi, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte.”

Este discurso que la Santa Iglesia aplica á la Santísima Virgen y pone en su purísima boca, es la mejor exégesis de la importancia de la devoción á la in-

(1) Prob. cap. viii, v. 14 y sig.

maculada Virgen, de lo poderoso de su amparo, de lo eficaz de su protección para con las almas que la invocan y para con las naciones que recurren á esta poderosísima Madre. Ese discurso divino nos manifiesta también el amor de María á sus devotos, como también cual y cuanta es la desgracia de los que desprecian el culto de esta Santísima criatura, y se atreven á declararse sus enemigos. Mas sigamos la historia.

Dice la narración del milagro guadalupano, que Juan Diego lleno de fé y muy obediente fué á buscar las flores que debían ser la señal que llevaría al Ilmo. Sr. Obispo, y que halló estas flores en las áridas rocas del Tepéyac, frescas, hermosas y regadas de rocío. Muy consoladoras reflexiones nos exita este bello punto histórico. Mucho debe alegrarse una alma justa considerando que está puesta por el mismo Señor Dios, bajo la protección de la Santísima Virgen, por quien su Magestad empeña su Omnipotencia haciendo el bellissimo milagro de que las mismas piedras produzcan flores ¡cuánto mejor hará el Señor que por medio de la Santísima Señora produzcan las almas de los justos nuevas, bellas é inmarcesibles flores de virtudes y buenas obras! y ¡con cuánta mayor razón regará su Magestad esas flores y esas obras con el rocío de la gracia para que se ostenten mas hermosas! Sí, almas justas, aunque teneis que pasar por duras pruebas, aunque vuestra humildad os oculta vuestras virtudes y las gracias de que os colma el Señor por mano de María; aunque os veais en algo imperfectas y os veais revestidas aun de carne fiaca y miserable; no os acobar-